

## De espectadores, mártires y seguidores a sujetos rebeldes: una mirada de la revolución a contrapelo<sup>1</sup>

Raúl O. Fradkin

Me preocupaba hoy evitar un discurso de ocasión y evitarles a ustedes una repetición de la situación de acto escolar por la que todos hemos pasado. Debo comenzar por advertir que mi propósito es sólo compartir algunas reflexiones que surgen de unas pocas evidencias sobre algunos problemas a los cuales no se les habían prestado suficiente atención. Por suerte, esta situación está cambiando y me habilita a compartir estas reflexiones. Somos varios los que desde hace varios años venimos excavando en fondos documentales y buscando evidencias que nos permitan comenzar a desentrañar uno de los aspectos más opacos y de más difícil observación del proceso revolucionario: ¿cuáles fueron las intervenciones de los grupos sociales subalternos, sus actitudes y sus motivaciones? Un problema histórico tan apasionante como difícil de resolver y para lo cual no alcanza solo con la voluntad aunque ella sea un insumo irremplazable.

¿Por qué este título: “De espectadores, mártires y seguidores a sujetos rebeldes”? Porque me parece que condensa la necesidad de revisar tres imágenes que tenemos de algún modo incorporadas a nuestra subjetividad y nuestra visión sobre la Revolución de Mayo. Creo que es útil reflexionar sobre esas imágenes porque habilitan un interrogante que algún día habrá que develar con precisión: ¿dónde aprendimos más de nuestra historia? ¿En las clases o en los actos escolares? ¿Aprendimos más escuchando y leyendo o aprendimos más actuando? Los invito a reflexionar sobre esta cuestión porque aun las personas que no manifiestan interés por la historia, que suelen decir que la historia los aburre y han logrado pasar por el sistema educativo sin haber leído ningún libro de historia, esas mismas personas no han podido evitar pasar por el acto escolar e internalizar las imágenes a las que me refiero. Es muy probable que esta situación (si es así ¡enhorabuena!) esté cambiando pero lo más posible es que no lo esté haciendo en todos los ámbitos escolares en el mismo sentido, ni con la misma intensidad.

¿Cuáles son esas imágenes? Son tres, muy fuertes y por todos conocidas. Los invito a recordar nuestras infancias, aquellos tiempos en que el acto se hacía el mismo 25 de mayo, bien temprano por la mañana y con ese guardapolvo especialmente preparado para llevar al acto. Nos formábamos en el patio del colegio frente al escenario decorado con una imagen insustituible: la del Cabildo y mirábamos en silencio lo que sucedía en el escenario. Sólo unos pocos actuaban, la mayoría mirábamos lo que sucedía. De alguna manera, allí, formados y mirando en silencio, cada 25 de mayo en cada escuela de nuestro país, se repitió la misma situación: éramos espectadores de una representación de lo sucedido que tenía escasas variaciones. Y, de alguna manera, éramos parte de la misma representación pues ocupábamos el lugar simbólico de aquel pueblo que ordenadamente y en paz (como relató más de un testigo de la época) quería saber de qué se trataba. Pero no éramos actores sino espectadores. La primera imagen, entonces, es la del pueblo como espectador de una revolución que hacían otros.

En el escenario, inevitablemente, había ocasión para que actuáramos de negritos o de negritas... Para ser sinceros debíamos admitir que era el único día en que los negritos entraban en el relato que se nos ofrecía de la historia. Y no dejaba de ser divertido pues estos personajes que debíamos representar aparecían siempre como simpáticos y felices. ¿Contentos por qué? No lo sabíamos... nadie se dedicaba a explicarlo y debe haberle preocupado mucho averiguarlo...

También aprendíamos otras cosas. Mi escolaridad fue en la época del Simulcop, la revista Billiken y el cuaderno Tamborcito y con esos instrumentos aprendíamos que había otros sujetos que intervenían en esta historia. Porque no es cierto, como muchas veces se repite, que aquella enseñanza de la historia se dedicara solo a los “grandes hombres”. Por cierto, ocupaban un lugar central pero no hubiera sido tan eficaz esa pedagogía patriótica sin apelar a otros recursos. Y para ello entraban a tallar el sargento Cabral, el Tamborcito de Tacuarí, las niñas Ayohuma o el negro Falucho, pero de ellos no sabíamos prácticamente nada... Estas presencias, hace medio

---

<sup>1</sup> Texto corregido de la conferencia dictada en la ciudad de Neuquén el 21 de mayo de 2010 en el marco del ciclo “Charlas del Bicentenario” organizadas por la Universidad Nacional del Comahue y la Municipalidad de Neuquén.

siglo tenían notable presencia en la vida escolar y ayudaron a construir otras dos imágenes. Por un lado, la de los mártires entusiastas y desinteresados, gente que estuvo dispuesta a morir “por nosotros”, que pudiera ser recordada y así adquiriríamos una deuda que debíamos honrar pues se trataba, como decía el himno, de morir con gloria... Por otro lado, había también otros personajes que me atrevería a denominar como los seguidores ciegos: masas sin forma, figuras borrosas, sin rostros, sin nombres, tal como suelen aparecer en las pinturas de las batallas pero también sin ideas, movilizadas espontáneamente a fuerza de puro sentimiento, casi por instinto, detrás de una causa y, sobre todo, de algún líder que la encarnaba, como suelen ser presentados en más de un relato histórico. Estas imágenes difusas que en su mayor parte fueron producidas a fines del siglo XIX y comienzos del XX poblaban toda la iconografía histórica y reaparecían en las láminas que se pegaban en los pizarrones, en las imágenes de los manuales, en nuestros cuadernos, en la escenografía de los actos...

Frente a ello, algunas preguntas obvias no podían ser siquiera formuladas: ¿qué pensaban aquellos “espectadores”, “mártires” y “seguidores”? ¿Qué fue para ellos la revolución? ¿Qué fue para ellos la Patria o la Independencia? ¿Cómo fueron a la guerra? ¿Qué pensaban de esa guerra? ¿Qué sentían? ¿Cuántos murieron? ¿Cuántos llegaban al frente? ¿Cuántos volvieron? ¿Qué edades tenían? ¿De qué trabajaban? ¿Cómo eran sus familias? Todos aprendimos a hablar de “los gauchos de Güemes” y menos - debemos reconocerlo - de los “gauchos de Artigas”... Pero: ¿por qué seguían a Güemes o a Artigas? ¿Qué esperaban de ellos? ¿Quiénes eran esos gauchos? Preguntas simples y sencillas, pero no por eso menos decisivas... Dicho esto, cabe aclararlo, no podré aquí contestarlas. Y no puedo hacerlo porque las respuestas a estas preguntas solo pueden ser resultado de una empresa colectiva, una empresa que recién está en sus comienzos...

Hay todavía mucho que no sabemos y hay mucho por averiguar. Creo que quien mejor definió el tipo de tarea colectiva que propongo fue Walter Benjamin en su famosa Tesis VI sobre la historia cuando sostenía que era necesario cepillar la historia a contrapelo, ¿A qué se refería? A muchas cosas, pero hoy me interesa subrayar una, particularmente adecuada para este tiempo de conmemoraciones: se trata de arrancar la tradición de manos del conformismo. Me parece que es una excelente definición de la tarea, no sólo de los historiadores que son los encargados de acometerla profesionalmente sino también de cada generación que se incorpora activamente a la vida social. No se trata de negar la tradición sino de rescatarla del sometimiento al conformismo. Si estoy en lo cierto, ese modo de hacer historia a contrapelo no tiene por objeto ver lo mismo que antes pero de un modo distinto, no debiera contentarse con un mero afán revisionista destinado tan solo a invertir las valoraciones de lo ya sabido. Se trata de algo mucho más profundo: de explorar si esa historia a contrapelo puede ayudarnos a develar y a descubrir fenómenos históricos hasta ahora desconocidos.

Esa historia a contrapelo aparece, entonces, como una suerte de arqueología. ¿Por qué? Porque hace falta una disciplina rigurosa que no renuncie al máximo de precisión posible. Porque se trata de emprender una auténtica “excavación” de los repositorios documentales y de los archivos en una búsqueda paciente de algunos fragmentos, de unas pocas frases, de unas escasas palabras que han quedado perdidas en una maraña de papeles antiguos... Sabido es: el desafío de una historia que tome en cuenta a los de abajo es que muy pocas veces dejaron algo escrito. Y entonces estamos en serios problemas pues afrontamos el desafío de hacer una historia rigurosa documentalmente de aquellos que no dejaron su punto de vista por escrito. Por eso es tan fértil e inspiradora la fórmula de Benjamin de emprender una historia a contrapelo que relea la documentación casi como si emprendiera una arqueología, procediendo a una reconstrucción extremadamente minuciosa y detallada del contexto que haga inteligible los fragmentos de acciones, pensamientos, palabras o sentimientos.

Pensémoslo un instante a través de un ejemplo: todos los documentos nos dicen que después de la arenga de un comandante la tropa gritaba ¡Viva la Patria! En general era un doble grito, era ¡Viva la Patria! ¡Viva la Unión! La pregunta es obvia: ¿qué pensaban los gritaban ¡Viva la patria! qué era la Patria? Hace tiempo que los historiadores sabemos que las palabras pueden ser las mismas, pero sus significados completamente distintos y variables. ¿Qué nos separa del 25 de mayo de 1810? Tanto que hasta las palabras han cambiado de significado. Conviene estar prevenidos pues como nos enseñó Marc Bloch “...las palabras son como monedas muy usadas: a fuerza de circular de mano en mano pierden su relieve etimológico”<sup>2</sup>. En esa circulación adquieren nuevos sentidos. Las palabras, entonces, tienen su historia y se disputa tanto su sentido como la legitimidad para enunciarlas. Y ya es claro que hace 200 años ni patria, ni revolución, ni nación, ni independencia, ni pueblo tenían el mismo sentido que hoy les

---

<sup>2</sup> BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 1986, p. 21.

asignamos. No alcanza, entonces, con el registro de la literalidad contenida en la documentación sino que se hace necesaria una rigurosa inscripción contextual.

Hay un segundo motivo de por qué se trata de una arqueología y bien lo dijo un pensador que fue además un actor de su tiempo: Antonio Gramsci decía que la acción histórica de las clases subalternas y los grupos subalternos es necesariamente episódica y fragmentaria, mientras estén en condiciones de subalternidad. Hasta tal punto episódicas y fragmentarias que aún cuando se rebelasen, que aún cuando se levantasen lo hacen bajo el influjo de los grupos dominantes. Entonces no estamos sólo frente a evidencias documentales fragmentarias acerca de los sujetos subalternos sino también de que su presencia en la escena pública ha sido también fragmentaria, episódica.

Pero hay algo más, un tercer motivo por el cual esta tarea colectiva debe ser una arqueología: entre lo que pasó en 1810 y hoy, hay 200 años de relatos acumulados como si fueran capas de sedimentos hasta llegar a un punto en que ya no se sabe si estamos hablando de lo que pasó o de los que se dijo que pasó... Es en torno a estos relatos que adquiere sentido mis referencias a los actos escolares: se trata de emprender una arqueología no solo a través de los textos sino también sobre nosotros mismos, porque estas imágenes no son casuales y son el producto de una fluida y complejísima articulación entre lo que se escribió sobre la historia y lo que se enseñó, entre lo que se representó y lo que terminó incorporado a nuestra subjetividad y a nuestro sentido común.

En consecuencia, sólo una reconstrucción de la historia a contrapelo puede permitirnos habilitar nuevas preguntas: ¿Qué papel jugaron los sectores populares en la revolución? ¿Cuáles fueron sus actitudes frente a ella? ¿Cuáles fueron sus intervenciones? ¿Qué incidencia tuvieron en el proceso de independencia? Y, sobre todo: ¿cómo fue que los sujetos comunes se transformaron en sujetos rebeldes?

Esta posibilidad que no ha sido la preocupación central de los historiadores pero sí estaba presente entre los dirigentes de los bandos que confrontaban al comenzar la década de 1810. Si se repasan las comunicaciones que se enviaban desde Montevideo a la península entre junio y agosto de 1810 se puede advertir que sus temores estaban claramente en que los indios fueran seducidos por los revolucionarios liberándolos de las obligaciones tributarias y que aquella que solían llamar “la infame Junta” se valiese de los negros y mulatos esclavos de los españoles para hacerlos sus soldados. Pero la elite revolucionaria de Buenos Aires no aparecía en un comienzo demasiado decidida a seguir este incierto camino y en cambio no dejaba de vanagloriarse que la revolución había sido realizada por una “minoría atrevida”, en forma ordenada y pacífica sin caer en situaciones como las que estaban sacudiendo a México. Y no extraña ni sorprendente pues desde las grandes rebeliones andinas de 1780 y tras la sublevación de esclavos en Haití en 1791 un fantasma recorría la América: el fantasma de la “guerra social”. Y ese fantasma planteaba el mayor de los dilemas a la dirigencia revolucionaria: no podía triunfar sin movilizar al “populacho” pero temía sus consecuencias<sup>3</sup>.

En esa dinámica dónde reside la clave del problema que nos ocupa y ella nos invita a volver sobre aquellas imágenes. La primera imagen era la de los negritos simpáticos y divertidos. Es cierto muy probable que hayan sido divertidos a pesar del régimen de esclavitud pues la capacidad histórica de resistencia parece imposible de comprender sin la alegría y las ganas de vivir. Sabemos que los momentos de rebelión popular suelen contener instancias de alegría colectiva y no parece casual pues en esos momentos - que no son la mayor parte de sus historias sino que son episodios excepcionales - se produce un quiebre de la disciplina y del control que los amos y los jefes tenían del uso del espacio y del tiempo. La pregunta es: ¿qué pasó con los esclavos y los libertos en la revolución?

Hace mucho tiempo que sabemos el peso decisivo que estos grupos sociales tenían en las estructuras sociales urbanas del Río de la Plata colonial y de qué modo se había incrementado en las décadas previas a la revolución. Las cifras son inseguras e inciertas pero solo en Buenos Aires y Montevideo rodaban un 30% de la población de estas ciudades y es muy probable que las poblaciones afroestizas fueran una proporción aun mayor en otras ciudades, como Córdoba por ejemplo. También sabemos que aunque su proporción era menor en el mundo rural, aún así, los esclavos constituyeron el principal componente de la mano de obra permanente de las grandes propiedades agrarias. El debilitamiento y erosión del régimen de esclavitud que estaba en su momento de máxima expansión cuando estalló la crisis revolucionaria constituyó, de este

---

<sup>3</sup> FRADKIN, Raúl O. “Introducción. ¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular de la revolución rioplatense” y “Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829): un ejercicio de exploración”, en FRADKIN, Raúl (editor), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. pp. 9-26 y 27-66.

modo, una de las principales transformaciones que trajo consigo la revolución.<sup>4</sup> Sabemos también – pero no siempre se recuerda lo suficiente – que el reclutamiento para formar los ejércitos revolucionarios tuvo a libertos y a esclavos como principales destinatarios, sobre todo para integrar los cuerpos de infantería que fueron, por otra parte, los más numerosos.

Ahora sabemos que además de tener un papel decisivo en la enorme movilización militar también fue muy activa su intervención en la movilización política y callejera. El libro de Gabriel Di Meglio es, en este sentido, una contribución decisiva pues además de estar muy bien escrito es uno de los libros más importantes producidos en los últimos años<sup>5</sup>. En esas páginas nos muestra algo absolutamente central: que la movilización plebeya en Buenos Aires adquirió tal intensidad que mientras a la dirigencia de la revolución le resultaba extremadamente dificultoso unificar una postura frente a la monarquía y frente a los españoles europeos, al punto que ambas cuestiones la dividieron profundamente, entre los sectores plebeyos se puso en evidencia muy rápidamente un sentimiento de rechazo muy intenso y en torno a ese sentimiento se produjeron algunas de sus más significativas intervenciones políticas. La dinámica del proceso revolucionario fue, de este modo, transformando sustancialmente el rol político de estos sectores que si habían tenido una intervención casi nula en los sucesos de mayo de 1810 llegaron a convertirse en protagonistas decisivos de la movilización política revolucionaria. Esa transformación hace comprensible algunos componentes que empezamos a conocer de sus culturas políticas en la cual el americanismo y el republicanism se convirtieron en dos de los más destacados. Más aún, Di Meglio nos muestra que esta situación torna comprensible los motivos por los cuales esos grupos adhirieron a determinados liderazgos políticos y se opusieron a otros así como esa dinámica de movilización derivó en una práctica de motines, algunos de los cuales fueron notablemente autónomos y desafiaron a las autoridades políticas y militares.

Ahora bien, hasta ahora no se han constatado que se hayan producido en el Río de la Plata levantamientos de esclavos; en cambio, sí tenemos constancias de otras situaciones: en los cuerpos militares y milicianos integrados por libertos fueron frecuentes las desertiones colectivas, los “pasados” al bando contrario, los motines y las insubordinaciones contra oficiales. Y, en muchos de estos actos de rebeldía se reitera una motivación central: la negativa a ser tratados como esclavos. En este sentido, resulta paradigmático el episodio rescatado por Di Meglio y las sonoras palabras que había enunciado Santiago Manul, un soldado del tercer tercio cívico de Buenos Aires que en febrero de 1819 arengó a los milicianos y carretilleros: “Aquí no tenemos padre ni madre, vamos a morir en defensa de nuestros derechos. El gobierno es un ingrato, no atiende a nuestros servicios, nos quiere hacer esclavos”<sup>6</sup>. La experiencia política de la plebe porteña, desde su entusiasta movilización en 1806 a la elaboración de este desencantado diagnóstico, ilumina la trayectoria de la gestación de una conciencia política forjada en la conflictiva dinámica de las relaciones entre estos grupos movilizados y la elite revolucionaria así como la trayectoria de esa misma elite.

A este sugestivo cuadro de situación podemos agregarle algunos trazos adicionales. Las evidencias disponibles sugieren que desde el mismo comienzo del proceso revolucionario, esos grupos vieron en la revolución una oportunidad política para modificar su lugar social: así, muchos esclavos parecen haber interpretado a su modo la errática y oscilante política de la dirigencia revolucionaria frente a la esclavitud que no incluía, por cierto, la abolición. Sus estrategias parecen haber adoptado tres formas principales: un aumento de las fugas, un incremento de sus peticiones individuales y colectivas para incorporarse a las filas a pesar de sus amos y las denuncias contra los amos “europeos” acusándolos de enemigos del gobierno revolucionario.

Dos situaciones, casi simultáneas, ilustran la intensidad de las tensiones desatadas. Mariana Pérez ha recuperado una de ellas: la fallida conspiración de Alzaga ocurrida en Buenos Aires en 1812 que fue desbaratada por las denuncias de algunos esclavos contra sus amos complotados. Pero había, al parecer, algo más: según ha podido corroborar entre los esclavos circulaba el rumor de que serían liberados para “matar a todos los europeos”<sup>7</sup>. Lejos de allí, en Mendoza,

---

<sup>4</sup> Un análisis de los efectos de la revolución en las relaciones sociales agrarias en FRADKIN, Raúl O., “¿Qué tuvo de revolucionaria la revolución de independencia?”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, N° 5, 2008, pp. 15-43.

<sup>5</sup> DI MEGLIO, Gabriel, *¡Viva el Bajo Pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006. He realizado una evaluación de este libro en la reseña publicada en *Entre pasados*. *Revista de Historia*, N° 33, 2008, pp. 165-170.

<sup>6</sup> DI MEGLIO, Gabriel, “Las palabras de Manul. La plebe porteña y la política en los años revolucionarios”, en *Fradkin, Raúl O. (comp.)*, ¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 67-106.

<sup>7</sup> PÉREZ, Mariana: “Un intento contrarrevolucionario en Buenos Aires: la ‘conspiración de Alzaga’ de 1812”, ponencia presentada a las Jornadas Independencia y Memoria, San Miguel de Tucumán, 20 al 22 de agosto de 2009

Beatriz Bragoni a desenterrado un antiguo expediente contra la “conspiración” que tramaba un grupo de esclavos. ¿En qué consistía? Por lo pronto, conviene registrar que se estaban haciendo reuniones que se denominaban “juntas de negros”; luego que en alguna de ellas se había leído un ejemplar de la *Gazeta de Buenos Aires* y, en particular, uno que anunciaba que el “gobierno de la patria” estaba incorporando esclavos a los ejércitos. Como sus amos se negaban a incorporarlos estos esclavos estaban tramando sublevarse para organizar un regimiento de la revolución. Entre los cabecillas estaba un pardo, un músico llegado de Chile y que sabía leer y escribir. Este esclavo - Bernardo - le habría dicho a una mujer “que era necesario hacer en esta Ciudad lo que los negros de las Islas de Santo Domingo, Matando a los blancos para hacerse libres”<sup>8</sup> ¿Cómo sabía Bernardo, en 1812 en Mendoza, lo que habían hecho los esclavos sublevados en Haití en 1791? No tengo la menor idea pero este registro nos induce a pensar en la existencia de circuitos de circulación de ideas e informaciones que aun desconocemos y que pueden haber informado las culturas políticas populares. Lo importante, en todo caso, es que lo sabía y que ese saber inspiraba sus deseos y expectativas de la revolución.

Estas situaciones invitan a indagar dos cuestiones de crucial importancia. Por un lado, podemos advertir como la revolución estaba invadiendo la vida cotidiana, tanto la plaza pública, las calles y los cuarteles como el interior de las casas, sobre todo, las casas de los amos. Dicho en otros términos, se estaban politizando las tensiones sociales preexistentes. Por otro, que entre algunos grupos de esclavos circulaban ideas, nociones y noticias que los hicieron imaginar que otra revolución era posible y que nos invitan a superar esquemas apriorísticos acerca de la amplitud del horizonte cultural y político de los esclavos. De este modo, Haití como espejo se desdobra y si en la dirigencia revolucionaria se extendía el temor a que la crisis produjera una réplica, entre algunos esclavos esta posibilidad era vista con deseo y entusiasmo. No me parece que el registro de esta evidencia sea de importancia secundaria a pesar de la ausencia ya señalada de levantamientos de esclavos: por el contrario, este tipo de indicios nos sugieren que para los contemporáneos de la revolución la dramática experiencia haitiana podía tener una presencia y una resonancia mucho mayor que la que suele adquirir en la mayor parte de los relatos históricos acerca de la revolución, aún en la historiografía más reciente.

Podría pensarse que se trata de episodios aislados. No viene a cuenta reiterar lo que ya hemos indicado acerca del carácter necesariamente episódico de la acción colectiva subalterna. Más importante me parece subrayar que todavía nos falta mucho para terminar de reconstruir un panorama mucho más preciso y mucho más amplio de este tipo de episodios. Por lo pronto, cabe anotar que la fuga de esclavos tanto en Montevideo como en el sur de Brasil parece haber sido sistemática y en buena medida incentivada por los jefes revolucionarios orientales al punto que desató las preocupaciones entre las autoridades portuguesas de Río de Janeiro que se extendiera su influencia y produjeran una sublevación general de esclavos. Conjeturas, temores exagerados podrá decirse pero no por eso se trata de evidencias desechables en la medida que esos temores influyeron en las tomas de decisiones de los actores.

Lejos de allí, en Salta y Jujuy, Sara Mata ha recuperado algunos testimonios por demás sugerentes pues nos acercan a las ideas que tenían los esclavos incorporados a las tropas de Güemes, a los famosos “gauchos de Güemes” conviene subrayarlo: sus alegatos muestran que esa incorporación no fue un producto exclusivo del reclutamiento forzado ni del “rescate” estatal; por el contrario, a través de ellos se advierte que hubo esclavos que huyeron de sus amos durante la insurrección rural de 1814 para sumarse a las fuerzas de Güemes. Pero, otra vez, hay algo más para registrar: en 1821 esos esclavos se negaban a volver a la esclavitud al ser desmovilizados. Así, algunos de ellos sostenían sus peticiones alegando que habían luchado y “derramado nuestro sudor y sangre por sostener sus derechos contra el bárbaro poder de la raza peninsular” y es interesante destacarlo pues nos muestra que percibían a la confrontación como una lucha entre “razas” aunque nos falte desentrañar ‘que idea tenían estos esclavos acerca de la noción de “raza”. Pero hay aquí también algo más: estos esclavos proclamaron cual era su objetivo: “Hacer libres a nuestros hermanos es el objeto de nuestros votos y el alma de nuestros sacrificios. ¿Y a nosotros únicamente nos habrá de envolver sin esperanzas el funesto lazo de la esclavitud?”<sup>9</sup>. No sólo entre los esclavos encontramos esa resistencia a la desmovilización:

---

<sup>8</sup> BRAGONI, Beatriz, “Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución”, en FRADKIN, Raúl (editor), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, (editor), Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 107-150.

<sup>9</sup> MATA, Sara: “Negros y esclavos en la guerra por la independencia. Salta 1810-1821”, en MALLO, Silvia y TELESKA, Ignacio, *Negros de la Patria: Los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial SB, 2010

Gustavo Paz nos ha mostrado la pertinaz resistencia de los milicianos campesinos de Salta y Jujuy a ser desmovilizados y a perder con ello las posiciones sociales que habían adquirido<sup>10</sup>.

El proceso revolucionario, entonces, había erosionado el régimen de esclavitud –como también lo hizo con otras jerarquías sociales - pero no acabo con él, como tampoco acabó que aquellas. Y conviene subrayarlo las veces que sea necesario. La revolución se había metido en un problema pues la dirigencia revolucionaria fue amasando a lo largo de la década un discurso de legitimación que tenía un tópico central: la denuncia del régimen colonial como un régimen de tres siglos de esclavitud. Pero ese discurso empleaba a la esclavitud como una metáfora retórica y no implicaba la decidida voluntad de acabar con la esclavitud realmente existente aunque sin duda las voces abolicionistas adquirieron mayor resonancia y amplitud. Pero esa misma dirigencia revolucionaria no era partidaria de la abolición y sus herederos tardarán en serlo. Conviene recordarlo: la abolición de la esclavitud no fue emprendida en 1813 sino en 1853 – después que en Chile en 1823 o en el Uruguay en 1842 – y, por tanto en Buenos Aires recién en 1860. Lo que podemos registrar, entonces, es algo aun poco indagado y conocido: la emergencia de tendencias y posiciones abolicionistas entre los mismos esclavos. Y, sin embargo, no hay registradas evidencias que nos muestren sublevaciones o levantamientos de esclavos contra la revolución mientras que sí tenemos registro de movimientos de esclavos a favor de la revolución en una dinámica que sugiere la adopción de una estrategia de intervención política y que permitió que emergieran entre ellos una visión particular de lo que esperaban del proceso revolucionario y un activismo político muy acentuado de los esclavos y libertos incorporados a las formaciones armadas.

En esa dinámica de confrontación, entonces, ella podía adquirir para los esclavos otros perfiles, distintos de los que enunciaba la dirigencia revolucionaria. Y, en esa dinámica es posible que hayan emergido concepciones peculiares sobre lo que debía ser la revolución, muy distintas de las elitistas y, en contadas ocasiones, opuestas. A veces conviene recurrir a la percepción de los enemigos de la revolución para advertir lo que estaba en juego. Así, por ejemplo, los “españoles europeos” no dejaban de señalar la “insolencia” e “insubordinación” creciente de los esclavos – un registro compartido entre los amos criollos - así como iban adquiriendo un lugar en la escena pública mientras ellos eran marginados de ella. Y, en algunos casos, esos testimonios y percepciones nos sugieren que algo más podía estar sucediendo en el modo en que los propios “negros” estaban viviendo la confrontación: Faustino Ansay, por ejemplo, relató sus desventuras en el presidio de Santa Elena cuando pasó a ser custodiado por el “destacamento de negros” y anotó que “Aquellos bárbaros, al verse en el estado de libres con las alas que les daban, se insolentaban, nos robaban cuánto teníamos en los huertos diciéndonos pícaros, ladrones, godos, gallegos, ahora mandamos los negros a los blancos”<sup>11</sup>.

Que los negros no hayan mandado sobre los blancos durante y después de la revolución no nos autoriza a desechar las evidencias que hubo negros que llegaron a imaginar esa posibilidad. Como vemos, si bien la revolución no abolió la esclavitud erosionó y resquebrajó el régimen y, con ello hizo emerger otras visiones de la revolución. Si vamos juntando e hilvanando estos fragmentos dispersos a contrapelo de la lógica que domina la escritura de los documentos producidos desde el poder, empiezan a emerger indicios de que hubo otros modos de pensar la revolución, diferentes sino directamente opuestos a la idea de la revolución que terminó triunfando y, al parecer, en ocasiones fue percibida no solo como una confrontación entre “americanos” y “europeos” sino también como una confrontación racial, la temida “guerra social”. No pasó y la revolución no fue una guerra de los “negros” contra los “blancos” pero no por eso es despreciable pues nos invita a pensar, indagar y reflexionar acerca de la multiplicidad de ideas, concepciones y expectativas que estaban circulando y que de alguna manera deben haberse incorporado al complejo proceso que amasó las tradiciones formativas de las culturas políticas plebeyas. En todo caso, estos esclavos se nos presentan ahora menos simpáticos y divertidos – al menos a ojos de las elites – de lo que habíamos pensado cuando asistíamos a los actos en la escuela...

Sabemos que las largas y cruentas guerras de la independencia tuvieron enormes costos humanos y materiales y la notable incidencia que tuvieron en las transformaciones

---

<sup>10</sup> PAZ, Gustavo, “Reordenando la campaña: la restauración del orden en Salta y Jujuy, 1822-1825”, en FRADKIN, Raúl (editor), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, (editor), Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 209-222.

<sup>11</sup> Un análisis más amplio en FRADKIN, Raúl y RATTO, Silvia: “¿Qué hacer con los prisioneros españoles? La experiencia de Santa Elena en la frontera sur de Buenos Aires (1817-1820)”, en Darío Barrera (compilador), *La Justicia y las formas de autoridad. El Río de la Plata (siglos XVII-XIX)*, Rosario, ISHIR CONICET-Red Columnaria, 2010, pp. 45-82 y “¿Un modelo borbónico para defender la frontera? El presidio de Santa Elena en el sur de Buenos Aires (1817-1820)”, en *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes de la UNR, Año 2, N° 3, Rosario, 2010. Disponible en: <http://www.revistapaginas.com.ar/>

económicas<sup>12</sup>. Sabemos también la debilitada estructura y dotación que tenían las fuerzas veteranas a fines de la colonia y escaso nivel de disciplinamiento de sus milicias a pesar de los esfuerzos que en este sentido realizaron las autoridades borbónicas y de la intensa experiencia guerrera de esta sociedad durante el siglo XVIII, en especial en el litoral<sup>13</sup>. Por lo tanto, la transformación de muchas milicias en cuerpos veteranos, la incorporación masiva de nuevos reclutas a las fuerzas de línea y la multiplicación de unidades milicianas fueron transformaciones decisivas en la vida social y política y debieron realizarse no solo a través del reclutamiento de voluntarios sino también por métodos compulsivos que, como es sabido, comenzaron a implementarse en los primeros días de junio de 1810. Desde mi punto de vista pueden entenderse mejor sus implicancias sociales y políticas si se enfatiza que tamaño movilización armada fue parte sustancial y decisiva de la experiencia histórica de las clases subalternas durante la revolución la cual suministró recursos organizativos, simbólicos y discursivos para su accionar político así como también fue un ámbito propicio para el desarrollo de experiencias de resistencia social. En este sentido, las resistencias a las levas, los amotinamientos y desertiones, la negociación de las condiciones del servicio con los jefes formaron parte inseparable de la experiencia popular y de alguna manera atraviesan toda su historia de vinculación al estado durante el siglo XIX.

¿Qué sabemos hoy al respecto? No lo suficiente, por cierto, pero al menos tres cuestiones pueden subrayarse. En primer lugar que pese a que en los primeros años tuvo un peso decisivo el reclutamiento de voluntarios las desertiones fueron permanentes para adquirir notorio incremento desde 1815. Las consecuencias de esa situación fueron múltiples y no podemos tratarlas aquí en detalle. Pero una no puede ser obviada: la proliferación del bandolerismo rural, un fenómeno endémico de la época tardo-colonial que se convirtió en epidémico durante la primera década revolucionaria. Y su geografía es sugestiva de fenómenos de más amplios y de mayor alcance: las zonas donde parece haberse multiplicado el bandolerismo parecen haber sido las sierras cordobesas, los esteros y montes mesopotámicos, las fronteras con Brasil y con las tribus de las pampas. Esta multiplicación del bandolerismo se explica por diversos factores pero dos parecieran haber sido los principales: el aumento sistemático de las desertiones y las formas de hacer la guerra que terminaron predominando<sup>14</sup>.

En segundo lugar, aunque aún nos falta un panorama preciso al respecto, los indicios disponibles indican que algunas zonas parecen haber sido particularmente refractarias al reclutamiento compulsivo. Entre las que podrían señalarse me parece importante destacar la resistencia que ofrecieron los pobladores de la campaña correntina donde los paisanos, parientes y amigos del sargento Cabral, un conjunto de campesinos mestizos e indios guaraníes fugados de las misiones, resistieron persistentemente tanto la incorporación a los regimientos de línea como la movilización de sus milicias hacia frentes de lucha alejados de sus tierras. Pero, conviene recordarlo, esa resistencia que está en la base de la inclusión correntina en la disidencia federal en el litoral no era una novedad completa sino que ya había demostrado su intensidad en el siglo XVIII.

En tercer lugar y hasta donde sabemos, la mayor parte de las desertiones fueron individuales o en pequeños grupos de soldados, una situación que dada su reiteración derivó no solo en repetidos indultos sino que iba minando y erosionando la autoridad de los comandantes. Ahora bien, en algunas coyunturas críticas, la multiplicación de la desertión creaba condiciones propicias para la insubordinación colectiva y en ocasiones para producir el realineamiento político de una parte de las tropas. Así, por ejemplo, en mayo de 1816 los sargentos de los regimientos de infantería y artillería del Ejército de Observación sobre Santa Fe acampado en San Nicolás – en su inmensa mayoría negros y libertos – planearon una sublevación. ¿Qué se proponían? Ocupar la plaza del pueblo, apoderarse de los caudales, repartirlos entre las tropas, pasarse a Rosario para unirse a la “montonera” y luego atacar y saquear Buenos Aires. No pasó, pero importa señalar algo: para las autoridades se trataba de una conspiración; pero algunos imputados declararon que lo que estaban preparando era una “revolución”. Como vemos, “revolución” la palabra había sido apropiada y no son pocos los ejemplos de soldados desertores

---

<sup>12</sup> FRADKIN, Raúl O. (ed.), *Conflictos, negociaciones y comercio durante las guerras de independencia latinoamericanas*, Gorgias Press, New Jersey, 2010

<sup>13</sup> FRADKIN, Raúl O., “Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución”, en Flavio Heinz (comp.), *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*, São Leopoldo, Editora Oikos, 2009, pp. 74-126.

<sup>14</sup> FRADKIN, Raúl O. “Bandolerismo y politización de la población rural en Buenos Aires tras la crisis de la independencia (1815-1830)”, en *Nuevo mundo mundos nuevos*, 2005, disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/document309.html> y “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en Susana Bandieri (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, AAHE/Prometeo Libros, 2010, pp. 167-214.

o bandidos que se defienden invocando sus servicios a lo que llamaban “nuestra gloriosa revolución”. La “conspiración” fue descubierta y desbaratada pero justamente por eso podemos saber algo de lo que pensaban y tramaban estos sargentos. Conviene subrayar que ella contenía dos novedades significativas: por un lado, que no era la sublevación de un regimiento sino de hombres de diversos regimientos lo que supone una identidad colectiva más compleja y articulada; por otro, que a diferencia de muchos otros motines esta vez los líderes eran los sargentos y no aparecía comprometido ningún oficial. Los sargentos y los soldados amotinados fracasaron y no pudieron apoderarse y distribuirse los caudales pero poco después todos fueron perdonados y liberados. Más aún, meses después los encontraremos participando muy activamente en la invasión de Santa Fe que comandaron Díaz Vélez y Dorrego y que tuvo como característica más destacada el saqueo generalizado de las poblaciones. Las evidencias indican que los regimientos N° 8 y 10 fueron particularmente activos en esta tarea – los mismos en los que se había reclutado la mayor parte de los sargentos conspiradores. Y conviene anotar como los denominan las fuentes santafesinas: ellas nos hablan – una y otra vez – de los “negros de Dorrego” como los más activos protagonistas de las acciones de saqueo y pillaje. Podemos entrever, así, el comienzo de una relación que diez años después tendrá notable incidencia política y que pareciera haberse construido en torno a la tolerancia del comandante con esa suerte de “derecho al botín” que pareciera imperar entre las tropas<sup>15</sup>.

En cuarto lugar que, junto la desertión podía adoptar otra forma: que los desertores se convirtieran en “pasados”, es decir soldados que no solo desertaban sino que además se unían a las filas del enemigo, una situación repetida que se explica en buena medida porque uno de los métodos de reclutamiento adoptados fue la incorporación de prisioneros de guerra a las filas. Este tipo de situaciones se dio en todos los frentes de lucha y entre todos los bandos pero diversos indicios sugieren que fueron particularmente numerosos entre las tropas que el gobierno de Buenos Aires desplegó en el litoral para enfrentar a Artigas. Conviene recordar que la mayor parte de esas tropas provenían de los cuerpos de pardos y morenos y por lo que sabemos desde 1813 las desertiones fueron reiteradas así como la cantidad de “pasados”. Pocas veces podemos acercarnos a las motivaciones que tuvieron pero a veces algunas evidencias fragmentarias no dejan de ser sugestivas: así, por ejemplo, a principios de 1815 – poco antes del descalabro completo de las tropas directoriales en territorio oriental y entrerriano – parte de ellas estaban situadas en el Palmar y para entonces su jefe comunicaba que “toda la tropa tiene conversaciones privadas, y que ellos no pelean contra sus hermanos los de Artigas, que es la verdadera Patria”<sup>16</sup>. Esta unidad va a desertar completa y se unirá a las fuerzas de Artigas. Ellos también gritaban ¡Viva la Patria! pero parece que tenían su propia idea de lo que era la patria, su propia idea de cuáles eran sus hermanos. Se trata de una cuestión central: la influencia del artiguismo estaba llegando a las bases mismas de la sociedad bonaerense. Y es importante porque aunque lo sepamos no siempre lo incluimos en nuestro razonamiento y en nuestras imágenes históricas: el artiguismo no era un fenómeno “uruguayo” del mismo modo que la revolución no era “argentina”. Como vemos, los plebeyos incorporados a las filas habían ido construyendo sus propias visiones de lo que era la “revolución” y la “patria”. Con ello, estaban construyendo nuevas identidades colectivas, identidades que mientras iban excluyendo y segregando a los “europeos” no podía dejar de incluir a negros, pardos, morenos e indios.

Tenemos entonces evidencias múltiples y diversas, irreductibles a un solo formato, modalidad o motivación: esclavos que se ofrecieron como voluntarios o se fugan de sus amos para incorporarse a las filas, esclavos que se sublevaban y conspiran para hacerse soldados, soldados que desertan y se hacen bandidos y soldados que desertan para pasarse al otro bando, etc. etc. Debiéramos resistir la tentación de aspirar a tener un inventario completo de una realidad histórica, compleja, inestable... No hay una sola historia en esta historia sino múltiples historias entrelazadas. Pero, entre todas ellas hay una actitud que vamos viendo como notablemente reiterada y generalizada: la pertinaz resistencia de los milicianos a convertirse en soldados de línea y de los cuerpos de milicias a subordinarse a los comandantes del ejército y, sobre todo, a prestar servicio y ser movilizados lejos de sus comarcas y sus pueblos. Y cuando esa resistencia se generaliza – como sucedió por ejemplo entre los milicianos orientales en 1812 – derivó en abierto conflicto político con el gobierno superior y se expresó – para enunciarlo en el vocabulario de época - en las disputas entre el “anarquismo” (como lo definían esas autoridades) y el “despotismo militar” (como lo calificaban los resistentes). La desertión, entonces, puede tener implicancias que no se reducen a las motivaciones de los sujetos que la

---

<sup>15</sup> FRADKIN, Raúl O., “La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816”, en Beatriz Bragoni y Sara Mata (compiladoras), *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008 pp. 169-192.

<sup>16</sup> Ignacio Inarra a Eusebio Valdenegro, Capilla del Palmar, 15 de febrero de 1815, Archivo Artigas, Tomo XX, p. 186:

encaraban: ella iba erosionando las bases del orden militar justamente cuando éste se estaba convirtiendo en la columna vertebral del nuevo orden político.

Para terminar me parece oportuno concentrar la atención por un momento en lo que sucedía en el litoral rioplatense. Aquí hubo una guerra tremenda y prolongada aun cuando la confrontación entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias quedó rápidamente confinada a Montevideo y se definió hacia 1814. Ello nos advierte acerca de las guerras que contenía la guerra de independencia y quizás también acerca de las revoluciones posibles que contenía la revolución. ¿Qué pasa en el litoral? Todos sabemos que el liderazgo de Artigas se asentó sobre una extensa y heterogénea coalición interregional, pluriclasista y multiétnica. No creo que haga falta aquí explicar algo que es obvio pero que no siempre se dice con claridad y suele expresar confusiones históricas profundas que sedimentan nuestros imaginarios nacionales: el artiguismo no fue un fenómeno “uruguayo” y la revolución rioplatense no fue “argentina” y tanto una como otra imagen es fruto de una visión retrospectiva pero no tiene nada que ver con la visión y la percepción de los protagonistas. Ahora bien, la misma heterogeneidad de la coalición que tomó forma en el Sistema de los Pueblos Libres contenía dinámicas de antagonismo interno que hacen comprensible tanto su derrota como su atracción sobre los sectores subalternos del litoral. Lo que me parece que no se remarca suficiente y ello impide comprenderlo en profundidad es el decisivo protagonismo indígena en esa coalición. Ahora bien, todo indica que ese apoyo indígena no fue pasivo sino que respondía a lógicas, motivaciones y mediaciones específicas que – por ahora – solo podemos intuir<sup>17</sup>.

Sin esos apoyos indígenas la expansión del artiguismo por todo el litoral y las tensiones que generó se tornan incomprensibles. Pero cabe advertir que no fue ni gratuito ni sencillo de conducir, tomó forma a través de múltiples actores y generó sus propios liderazgos. Para presentarlos con sencillez cabe contar a los grupos de “indios infieles” – es decir, grupos indígenas no reducidos -, buena parte – pero no todos – de los pueblos guaraní-misioneros y algunas parcialidades chaqueñas. Lo que me interesa subrayar es que cuando se concentra la atención en descifrar las motivaciones y las formas que adoptó la movilización indígena y de los sectores subalternos rurales del litoral al artiguismo se advierten inmediatamente las tensiones y conflictos que supusieron esos alineamientos políticos y el resquebrajamiento del orden y de las jerarquías sociales locales que contenía, al menos como amenaza. En este sentido, lo sucedido en algunos pueblos misioneros nos muestra de qué manera los antagonismos entre “americanos” y “europeos” podían transformarse en una confrontación social e inter-étnica. Al menos ésta era la percepción de las autoridades de Corrientes a principios de 1812, por ejemplo para quienes la “fermentación de iniquidades” había tornado “lícito el robo y el saqueo así a los Europeos como a los Patricios”<sup>18</sup> mientras que al mismo tiempo desde los pueblos guaraníes se sostenía que “El nombre de Europeo es lo mas vilipendiado” y que “sus bienes son comunes y sin apelación” pero “Como ya los bienes de los Europeos se acabaron ahora todo el que tiene algo es europeo para quitársele”<sup>19</sup>. En otros términos, la revolución “de los americanos” estaba aquí adquiriendo otros ribetes poniendo en cuestión los derechos de propiedad y redefiniendo a través de la dinámica de la confrontación la calidad misma de “europeo”.

Podemos advertir algo más a través de otro ejemplo: en el pueblo correntino de Santa Lucía (que tenía origen en una reducción franciscana de 1615) la convocatoria electoral para elegir su diputado para el congreso que habría de darle forma a la entidad política provincial derivó en un reclamo para reformular el gobierno del local solicitando “que todo el Gobierno se reduzca a tres personas, siendo uno de estos superior a los demás; y que sea de los mismos Naturales.” Y esta afirmación de autonomía política fue acompañada por reclamos de recuperación de tierras usurpadas al pueblo<sup>20</sup>. De este modo, los pueblos entraban en el sistema representativo con programas y aspiraciones propias. Por eso no sorprende que en 1816 el comandante de Curuzú-Cuatíá informara que “los Indios están en revolución y en vísperas de asaltarnos”, que “toda la indiada de Paysandú y Pueblos que trataban de venir y entrar a hostilizarnos y pasar a Cuchillo a

---

<sup>17</sup> FREGA, Ana, “Los ‘infelices’ y el carácter popular de la revolución artiguista”, en Fradkin, Raúl O. (comp.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp.151-176. WILDE, Guillermo, *Religión y poder en las misiones guaraníes*, Buenos Aires, SB, 2009. FRADKIN, Raúl O. “Los grupos sociales subalternos y la revolución en el litoral rioplatense”, en Sara Ortelli (coord.), *Las independencias desde abajo: historias de subalternos, excluidos y olvidados en América a principios del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Colección 2010 - Independencia y Revolución, en prensa.

<sup>18</sup> “José Ignacio Aguirre a Elías Galván”, San Roque, 24 de febrero de 1812, Archivo Artigas, Tomo VIII, pp. 20-21

<sup>19</sup> “José Manuel Lascano a José Aragón”, San Ignacio de los Mártires, 13 de setiembre de 1813, Archivo Artigas, Tomo XI, pp.372-374

<sup>20</sup> “Instrucciones impartidas al Diputado del Pueblo de Santa Lucía de los Astos al Congreso Provincial, Pueblo de Santa Lucía, 16 de mayo de 1814”, en Archivo Artigas, Tomo XIX, pp. 89-90. FRADKIN, Raúl O., “La revolución en los pueblos del litoral rioplatense”, en *Estudios Ibero-Americanos*, en prensa

todo Blanco” y en los pueblos misioneros “están con toda viveza reuniéndose los indios y que se dice entre ellos que todo esto es de ellos”<sup>21</sup>.

Permítanme, entonces, formular una conjetura, un esbozo de hipótesis a ser verificada, corregida, modificada o desechada llegado el caso: cuando se analizan con atención los pocos fragmentos y episodios que hemos mencionado emergente una impresión: las racionalidades y motivaciones políticas – pero también sociales y étnicas – que podrían explicarnos las adhesiones de grupos populares a determinados liderazgos así como su oposición a otros. Tanto entre esclavos y libertos como entre campesinos e indios, tanto entre reclutas voluntarios como entre reclutas forzados o milicianos movilizados podemos ir develando motivaciones y experiencias específicas. Ese registro nos aleja completamente a las imágenes estereotipadas que han poblado nuestro imaginario histórico a través de supuestas explicaciones que daban por “natural” e “inevitable” tanto su adhesión a la causa revolucionaria como a la figura de algún caudillo. Estos sujetos, por tanto, se nos presentan ahora como algo muy distinto a ciegos seguidores de un líder o un jefe y recobran su lugar como actores políticos. Con ello, se abre otra posibilidad: la de advertir e invitarnos a indagar si el proceso revolucionario no contuvo otras revoluciones posibles, que no sucedieron, que no triunfaron, que fracasaron pero que sí pudieron ser imaginadas y hasta llevaron a algunos a luchar por ellas. Invita también a revisar los modos habituales de explicar algunos liderazgos y prestarle mucha mayor atención a las instancias de mediación que habilitaron su construcción y, con ello, replantear muchas supuestas explicaciones sobre el caudillismo<sup>22</sup>.

Quisiera cerrar con una cuestión: la memoria y la historia van juntas pero no siempre se llevan bien; se necesitan, se complementan, pero también compiten y a veces rivalizan. La memoria, casi por definición diría, es selectiva, necesita ser selectiva y de algún modo la memoria a veces no puede evitar caer en la nostalgia; por cierto, la historia también tiene también que ser selectiva porque la totalidad escapa a la condición humana. Pero la nostalgia es muy peligrosa para la historia y desde esta clave se advierte que a fines del siglo XIX se construyó un conjunto de relatos de historia que delineó una imagen muy nostálgica de la revolución: no era otra la función que tenían las imágenes de las que hablamos al principio, aquellas que nos presentaron a los grupos populares como meros espectadores sino como mártires vocacionales o como ciegos seguidores... Era un relato de la historia impregnado de nostalgia por un pasado idealizado que permitía evocar a la Revolución de Mayo como un momento no sólo “fundacional” de la nación sino de una “comunidad” perfecta de todos los grupos sociales que supuestamente la encarnaban. A partir de ello se explicaba la historia post-revolucionaria signada, sobre todo, por la ruptura de aquella supuesta comunidad y, en particular, por el accionar de los grupos populares expresando y dándole sustento a la “barbarie”.

La posibilidad de que la historia quede apresada por la nostalgia nos acecha en estos momentos de conmemoración y no es sino, la posibilidad de que la tradición vuelva a quedar sometida por el conformismo. De allí, me parece que provienen los discursos circulantes que invocan como imprescindible, necesario y deseable en nuestro presente un consenso que supere todos los conflictos, olvidando que son los conflictos y las tensiones sociales los que producen las dinámicas históricas de cambio social. Esos discursos vienen, a su vez, impregnados de otra visión nostálgica de la historia: no ya sobre la revolución sino sobre la Argentina del Centenario que se nos quiere presentar como una suerte de paraíso perdido, de momento histórico que habría que retomar para superar la travesía en el desierto... Frente a estas nostalgias que amenazan a la historia me permito volver a citar una frase que bien podría orientar un enfoque histórico más pertinente, más ajustado a una evidencia documental ampliada y dotado de mayor sensibilidad social. En uno y en otro caso, la nostalgia se expresa como añoranza de un supuesto consenso generalizado. Volviendo a Benjamin la tradición aparece sometida por el conformismo que adopta la forma de nostalgia y que constituye una seria amenaza a la posibilidad de pensar históricamente. Pues, como diría Joaquín Sabina, “no hay nostalgia peor que añorar lo nunca jamás sucedió”.

---

<sup>21</sup> “El comandante de Curuzú-Cuatiá Manuel A. Ledesma al Gobernador Juan B. Méndez”, 30 de marzo de 1816, *Archivo Artigas, Tomo XXIX, p. 170*

<sup>22</sup> FREGA, Ana, “Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista”, en *Andes. Antropología e Historia*, Nº 13, 2002, pp. 75-112. MATA, Sara, “La guerra de independencia en Salta y la emergencia de nuevas relaciones de poder”, en *Andes*, Nº 13, 2002, pp. 113-144 y “Paisanaje, insurrección y guerra de independencia. El conflicto social en Salta, 1814-1821”, en Raúl Fradkin y Jorge Gelman (comps.) *Desafíos al Orden. La política y la sociedad rural durante la revolución de independencia*, Rosario, Prohistoria, 2008, 61-82. FRADKIN, Raúl O. *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2006.